Sobre un *bonheur du jour*, un magnífico vaso de Clodion la hacía frente, y en la sombra, en el fondo de una soberbia tapicería, se destacaba un retrato de Sarah de cuerpo entero, firmado por Carolus, obra maestra, sin duda, de aquel pintor.

Sarah esperaba ansiosa, cuando el ruido de un carruaje la hizo extremecer.

Dejó caer de la mano la cartera que oprimía, en la cual estaba inscripto el inventario exacto de su fortuna.

Era efectivamente á su puerta donde se detuvo el carruaje, y dos minutos después el conde de Kerjean, introducido por la doncella, la besaba la mano.

XXXI

El conde estaba pálido, pero tranquilo.

La hora de la fiebre había pasado; la del abatimiento debía seguirla; pero Kerjean tenía algo del paladín y del soldado. Se había comprometido en una gran partida y la había perdido; sufriría las consecuencias.

—Me dijistéis que volviese, mi querida Sarah, y héme aquí.

Ella le designó un asiento, rogándole le aproximase al suyo.

Obedeció el conde.

—Amigo mío, tengo que hablaros seriamente; comencemos. Sois pobre como Job: ¿qué partido vais á tomar?

—No lo sé todavía. He escrito conforme

sabeis al general de Montigny rogándole que me ayude, espero su contestación.

—¡Vos soldado! ¿Persistís en ello?

—Preferís que abra una tienda en el boulevard? ¿Qué sea bodegonero, dentista ó sastre? Mi educación ha sido muy descuidada: soy incapaz de ganarme la vida en palacio; hubiera estado bastante bien en la diputación siendo de naturaleza inapta (conforme soy) para desempeñar ningún destino práctico; por desgracia no existe ninguna plaza electoral vacante, y á decir verdad no siento ninguna inclinación por los negocios ni por las funciones públicas.

Solo me queda el ejército, pero con las leyes actuales no sé si me permitirán entrar en él y hacerme matar por mi país, que bien pensado tiene más soldados que enemigos.

Bien veis lo indeciso que me hallo.

Sarah fijó en él sus hermosos ojos.

Sus miradas, cargadas de electricidad, trataban de penetrar hasta el fondo del corazón de Santiago, como para arrancarle todos sus secretos; queria conocerlos ántes de descubrir el suyo.

El conde inclinó la cabeza para sustraerse á aquel fluido magnético que le invadía.

Después repuso:

—Mi querida Sarah, cuando se echa el vino, es necesario apurarle. He cambiado de condición; mi título y mi nombre solo me sirven de cargas insoportables. ¿Qué significa un noble sin dinero? ¿Mis deudas podrán satisfacerse? No me atrevo á pensarlo. De cual-

quier modo, jamás podré pagar la deuda de reconocimiento que he contraido con vos.

He querido repetíroslo ántes de alejarme:

—¡Cómo! ¿partís?—dijo Sarah palideciendo súbitamente.

—Es preciso: no podría soportar las censuras de mi tío, justamente irritado contra mí, su indigno sobrino. ¿Qué le contestaré? Mi resolución está tomada; dejaré un poder á uno de mis amigos, á Courcelles, para liquidar mis asuntos, y desapareceré de una sociedad en la cual he perdido mi sitio. ¿No os parece lo más razonable? ¿Acaso conoceis alguna solución mejor?

Inclinóse ella, apoyándose en el brazo del sillón.

El conde abrió los ojos desmesuradamente.

—Santiago—repuso ella con voz conmovida,—¿no habeis adivinado que una mujer os amaba lo suficiente para desearos pobre, á fin de enriqueceros; triste, á fin de consolaros, abandonado por todos para acudir á vos y arrancaros de vuestro aislamiento?

El la escuchaba con atención. Las facciones de la joven estaban trastornadas: una ansiedad tan viva se reflejaba en su rostro, que comprendió que esperaba su respuesta como una sentencia.

Un rayo de luz cruzó por su espíritu.

Todo el misterio de la conducta de la judía le fué explicado en un momento.

Como se callase, Sarah, anhelante, prosiguió:

—Si una mujer envidiada de todos, de deslumbradora belleza, hubiera acariciado como el sueño más querido de su vida la esperanza de agradaros: si su único deseo hubiese sido el de perteneceros; si sus acciones hubiesen tenido por único móvil el elevarse lo suficiente para llegar á vuestra altura, apilar mucho oro para restituiros más de lo que hubiéseis perdido; si ella os dijese: «¡Heme aquí!» ¡Yo soy la buena hada que transforma tu sombra en luz; que te levanta de tu caída, colocando en tu dedo el anillo que habías arrojado al mar! Si esa mujer hubiese adivinado que te sentías arrastrado hacia ella como ella hacia tí, y que un lazo invisible os unía, que vuestras almas se buscaban; si se sintiese próxima á la esclavitud del amor con tal de que tú fueses el dueño de su destino; si se ofreciese á tí para que dispusieses de ella, de su corazón, de sus bienes, de todo, en fin, dichosa de pertenecerte para siempre, ¿qué la responderías?

Santiago se sentía violentamente conmovido. Todas las fibras de su alma vibraban bajo los dedos de aquella encantadora.

Sentía tentaciones furiosas de arrojarse á sus pies y rodearla con sus brazos. Su corazón amenazaba saltar del pecho: hubieran podido contarse las pulsaciones.

Sin embargo, vacilaba.

—¿Por qué me hablas así?—murmuró.

—Porque te amo—replicó ella aproximándose, tan cerca de él, que su aliento le acariciaba la frente;—porque eres pobre; y como tu orgullo te impide el acercarte á mí, yo

soy quien debe dar el primer paso; porque, si quieres, podemos unir nuestras existencias en un lazo de flores y cantar nuestras miserias en una felicidad capaz de dar envidia á los ángeles del cielo si nos contemplan; ¿consientes?

—Bien quisiera—contestó Kerjean,—y es un martirio para mí el escucharos, Sarah; ¿no comprendeis que esas confesiones, que me hubieran colmado de dicha hace quince días; ahora no debo oirlas?

—¿Por qué?

—El honor me lo prohibe.

—¡El honor!—exclamó ella levantándose; ¡el honor! ¡siempre esa palabra!

—Sarah—repuso el conde tomándola una mano y atrayéndola hacia sí,—no te irrites; yo también te he amado apasionadamente. Si he guardado silencio durante tanto tiempo, es porque te queria para mí solo; esperaba el momento propicio que nos reuniese, y me rebelaba ante la suerte que me impelía hacia ti cuando pertenecías á otro. Hoy, ¿qué se diría de mí si arruinado, sin recursos, me rebajase hasta el punto de vivir á expensas de mi querida? Por amada que sea la mujer; por enamorado que se esté de su belleza, de su talento y de sus encantos, hay situaciones por las cuales no debe atravesarse para llegar hasta ella. Cuanto mayor es su fortuna, más vil es aquel que acepta la participación. Un hombre galante puede enriquecer á su querida; pero se degrada recibiendo un sólo óbolo de ella. Yo, Kerjean, me moriría de

vergüenza antes que resolverme á esa bajeza. Rico, podía amaros; pobre, he perdido ese derecho. ¿Me comprendeis, Sarah?

—No. Tu razonas en lugar de ceder á tu amor. Luego, no me amas. Vosotros, las gentes de mundo, creais un honor particular que yo desprecio. Quisiera ver á esos orgullosos que nos abruman con sus dificultades escrupulosas, víctimas de la miseria y de la negra adversidad, mala consejera! Bien pronto vacilarían cediendo desde los primeros obstáculos, dándonos ejemplo de todas las debilidades y de todas las cobardías.

Tu mismo, rígido en tus principios, é inflexible ¿cómo conciliarás tu conducta con tus máximas? ¿Estás bien seguro de que ese honor que te detiene no ha zozobrado en el naufragio de tu fortuna?

El conde frunció las cejas.

—Explicaos—dijo.

—Tú has pagado tus deudas del juego. Sea. Pero siguiendo las leyes de que hablas ¿debías haber aceptado los favores de una mujer? La deuda contraida con ella ¿estás seguro de satisfacerla? ¡No es una censura, Santiago, es un ejemplo! Me considero dichosa por el servicio que te he prestado; si necesitases mi sangre, te la daría. Deja, pues, á un lado escrúpulos inútiles, y consulta solamente con tu corazón y tus aspiraciones. No me contestes con razones de una sociedad que detesto, si no con la tuya, convencido de que siempre estará de acuerdo con el verdadero honor, el nuestro, que los felices mortales no

han alterado según su capricho. En una palabra; si me amas, acéptame; si me desprecias, recházame.

Kerjean estaba nervioso.

Apenas si había oido la conmovedora declaración de aquella adorable mujer.

El amor y el dinero son dos términos que no se puede conciliar; el segundo mata al primero.

El conde se sintió herido por la suposición de Sarah sobre la incertidumbre de su reembolso. No se perdonaba su falta de reflexión aceptando un ofrecimiento que le había parecido tan generoso al principio.

Su primer idea habia sido escapar á la necesidad urgente de saldar la deuda del juego, suspendida sobre su cabeza como la espada de Damocles.

—¡Cállate! — la dijo con cólera.—Me confundes; escuchándote no distingo el bien del mal. He colocado los piés en un pantano y siento que el suelo se hunde bajo mi peso. Yo vivía en un ether luminoso y estoy sumido en las tinieblas. Jamás he comprendido tan claramente la extensión de mi falta, ni la he deplorado tan amargamente!

—Porque solo vives para el orgullo. Te cuidas demasiado de la opinión del mundo. ¿Y sabes cómo te lo paga? Destrozándote con los dientes. Te pareces al ciervo cazado por una jauría y que se vé derribado ante ella. Dentro de algunos días no existirás para él. Serás como el pasajero muerto durante la travesía, y lanzado por las escotillas con una

bala á los piés: alterada por un momento la calma del mar, volverá á recuperarla quedando la superficie tranquila para los supervivientes, y todo habrá concluido.

El conde encogióse de hombros y no contestó.

Sarah permaneció un momento silenciosa, inquieta y mortificada por la vacilación del conde.

Un perfume delicioso de Ilang, se esparcía de sus negros cabellos.

Por la abertura de su peinador, donde una rosa the se ostentaba, contrastando con la blancura mate de la piel, se distinguian las formas marmóreas de su pecho. Sus grandes y profundos ojos se clavaban en el rostro preocupado de Kerjean.

—Con un movimiento brusco le asió la mano.

—Escucha—dijo—la última palabra; he creido que me amabas, ¿me habré equivocado?

—No.

—Entonces, ¿de qué te quejas? ¿De la suerte? ¿Acaso su obra es irreparable? ¿Que eres pobre? Tanto mejor. Yo soy inmensamente rica. ¿Para qué he perseguido tan encarnizadamente la fortuna? ¿Crees que por los brillantes que hacen palidecer de envidia á las demás mujeres, por el lujo de un hotel sin igual, por las obras de los maestros que le decoran, ó por los objetos de arte que están acumulados dentro de él? No; era para elevarme hasta el hombre que se me apareció un dia, altivo entre los demás que con aspec-

to de criados me rodeaban; bello, no como un elegante afectado, ó un ridículo gomoso, sino con la hermosura varonil del noble de raza; leal entre los vividores, bueno en medio de los chacales y las aves de rapiña atraidos por esa inmensa carnicería de Paris donde hay tanto incauto que devorar. En mi degradación he soñado yo que no tenía noches suficientes para consagrarlas á la embriaguez de los sueños. Le he visto clemente y tierno, inclinándose hacia mí y levantándome como el sacerdote al penitente que absuelve del pasado. De ese pasado le debo cuenta.

Cuando nací, dos caminos se abrían ante mí: el uno conducía á la infamia, el otro al suicidio.

¡Que vuestros moralistas me afirmen que habia otro!

Que me lo demuestren y les contestaré.

Me dirán si en esa última via, la del trabajo contínuo y sin retribución, arrojarian á sus hijas.

Además, á través del taller, de ese infierno donde el cuerpo de las criaturas se marchita, mientras que el alma se envilece y degrada; esa prisión sin aire y sin otra luz que la del petróleo envenenado, en esa cloaca donde todos los vicios se mezclan, se llega todavía más pronto que en la calle, á ese término fatal: la prostitución; pero entonces el sacrificio se consuma sobre el cieno.

Otras hubieran zozobrado, desde luego, en los arrecifes, perdiéndose en el abismo.

Yo he sido más dichosa.

Desde la muerte de mi madre, una heroina del amormaternal, que los demás ultrajarán y cuya memoria venero yo piadosamente, un hombre me ha amado con locura. No es joven ni hermoso; no tiene talento superior; en la actualidad no son necesarios tantos méritos para llegar al puesto que él ocupa. ¿Tendré necesidad de afirmaros que jamás he experimentado amor hacia él?

Sin embargo, le agradezco el que él me demuestra; no estaba acostumbrada á ello; á nosotras se nos desea, no se nos ama.

Mi unión con él ha terminado.

Os juro que jamás he amado á nadie. Sois el primero por quien ha latido mi corazón. Hasta ahora ignoraba que tuviese uno parecido al de los demás. Aceptadme, si quereis; mi suerte se decide en este momento.

Si mi instinto no me engaña, si participais del sentimiento que me inspirais, podemos ser dichosos. Tras un pasado odioso, seguiremos los senderos floridos, unidas las manos; sinó, marcharé á la casualidad, sola, triste, porque una vez que hayais partido, me será imposible unirme á nadie.

Estas confesiones, mezcla de impudor y de delicadeza; de descaro y de pasión, de cólera y de súplica, entorpecían la voluntad del conde.

Compadecía á Sarah, que no comprendía la infamia que cubre la posesión de unos bienes cuyo origen es escandaloso; pero su cólera estaba desarmada; se sentía rechazado

y retenido; rechazado por la indignidad de aquella mujer, que le suponía de un carácter bastante bajo para comprometer el honor secular de un nombre sin mancha, en una alianza semejante; y retenido, por el encanto de aquella deliciosa criatura víctima de un amor á que un hombre de corazón no puede ser insensible.

Un sudor frio inundaba su rostro ante la idea de la afrenta que su contestación iba á causar á aquella desgraciada, cuya voz le impresionaba.

Indeciso, no sabiendo qué partido tomar, callaba, mordiéndose los labios y meditando qué frase emplearía que salvase la situación sin herir á Sarah ni á su dignidad personal.

Ella comprendió su vacilación, é irritándose:

—¿No me contestas?—dijo.—¿Acaso me habré equivocado? ¿Por ventura no me amas?... Entonces, ¿por qué me lo decías? ¿A qué has venido aquí? ¿Por qué durante dos años me has abrumado con tus visitas? ¿Por qué me confiabas tus disgustos, tus asuntos, tus deseos? ¿Con qué fin has alimentado ilusiones que adivinabas? ¿De dónde proviene esa crueldad encarnizada de destruir la poca tranquilidad que le resta á una pobre mujer como yo? ¿Por qué te has hecho amar hasta el punto de que, á tu menor indicación, todo cuanto poseo... ¿lo oyes?, lo hubiera arrojado al mar sin el menor sentimiento?... ¡Lo comprendo! Has buscado una distracción, como los demás, ¿no es eso? ¡No

querías nada más! Pero si has creido que nosotras no tenemos alma ni corazón, te has equivocado. Nuestras sensaciones son más vehementes, porque una imperiosa necesidad nos excita y nos tiene en acecho, como esos enfermos calenturientos á quienes una nada agita y conmueve. Has hecho mal en hacerte amar para reirte de mi decepción; y tu obraes peor que la del verdugo que mata.

Levantóse el conde, y Sarah experimentó un gran júbilo. Creyó entrever en sus ojos, enrojecidos por la emoción, como un reflejo de la llama extinguida.

Pero él se alejó de ella lentamente, é irguiéndose, apoyóse en la chimenea, dando vueltas á los guantes entre sus manos calenturientas.

Entonces la cólera apoderose de ella.

—¡Pero, habla!—exclamó.—Dime lo que quieras; que me desprecias demasiado para aceptar nada mio; que estás indignado de mi audacia; que sería profanar tu nombre el dárselo á una mujer que ha vivido de la prostitución; que soy una miserable; y que tú, el conde de Kerjean, un bretón de la antigua raza (me lo habían dicho con sangrienta ironía, que no comprendí), lo prefieres todo, la miseria, el hambre y la muerte, al deshonor de tenerme entre tus brazos; no aquí, á la sombra de estas paredes, sino en pleno día, en la calle, ante tus amigos. ¡Yo soy de aquellas de quienes no se acepta nada sin pagárselo! Hubieras consentido en comprarme

como cualquier otro; no puedes ponerme precio: está dicho.

Y esperaba una respuesta que no obtuvo.

—¡Oh, Dios!—murmuró cayendo en un sillón, y ocultando su rostro entre las manos. ¡No haber amado más que á él, y verme abrumada por semejante desprecio!

El hizo un movimiento y extendió el brazo hacia su sombrero, colocado sobre una mesa.

Ella comprendió que todo estaba perdido, é intentó el último esfuerzo.

Colocóse entre él y el portier que aquél iba á levantar.

—Quédate un instante—exclamó,—te lo ruego.—Es imposible que yo sea víctima de un error tan grosero. Tus miradas eran tan tiernas, tus palabras tan temblorosas, y tus manos buscaban con tanto anhelo las mías.... Y además, que bien lo veo, sufres tanto como yo.

El tuvo piedad.

—Es cierto—dijo.

—¿Teasusta la sociedad? Qué temes de élla? ¿Acaso no podemos desafiarla? ¡Siempre perdona á todos aquellos que desdeñan sus juicios! Esas grandes fortunas que deslumbran ¿conoces tú el origen? La mayor parte han sido robadas ó mal adquiridas, amontonadas por criminales maniobras. ¡El uno ha despojado en Oriente; el otro en Occidente! ¡Aquel ha vendido á sus soberanos; este despoja á los pobres y menores de edad, de sus economías reunidas céntimo á céntimo por medio de rudos trabajos!

Se habla de ello durante ocho días; después se saluda hasta el suelo al oro y al esplendor de esos infames. Se asiste á sus fiestas, se solicitan sus invitaciones con una obra de caridad vanidosa, se borran diez años de oprobio y de fraude!

Una sonrisa amarga crispó los labios finos y desdeñosos del conde.

Aquella sonrisa significaba:

—No es suya la culpa: ¡ella qué sabe!

—Si no puedes sobreponerte á la opinión de ese mundo estúpido y malvado, huyamos de él. ¿Quién nos lo impide? ¿No existen cerca de los lagos de Suiza, en Italia ó en el Tirol, mil retiros que podemos embellecer, y donde nadie se ocupará de nosotros? ¡Ah! Santiago, vivir juntos á orillas del Mediterráneo, ó del Adriático, en un jardín lleno de rosas, ¿no sería una felicidad sin rival? El universo es nuestro. Aislarnos los dos en un edén encantado, ¡qué hermoso sueño!

¿Por qué no realizarlo?

Sarah se arrodilló.

—Mira—dijo.—Yo había imaginado locamente un porvenir irrealizable; lo comprendo; creí que me encontrarias bastante bella y altiva para tomarme por esposa; que me tenderías la mano elevándome hasta tí. ¡Tú no sabes con qué tesoros de ternura hubiera pagado esa abnegación!

No existe príncipe indio servido por sus esclavos más fielmente que tú lo hubieras estado por mí! ¡Hubiera hecho de tí mi dueño, mi señor, mi Dios! Hablas de honor, no sé lo

que es eso, tienes razón: no obstante, creo que el de tu hogar hubiera sido guardado y respetado fielmente. Me parece que al elevarme á tí me hubieras colocado en la frente esa aureola que me falta; que cogida de tu brazo, hasta las mujeres que esquivan mi presencia me hubieran envidiado y saludado, que viéndonos jóvenes, orgullosos y sonrientes, apoyados el uno en el otro, rodeados de todas las magnificencias; nos hubieran lanzado miradas de envidia.

¡Oh, Santiago, estoy segura de que exajeras esa sensibilidad, esa delicadeza del juicio de los hombres! Pero, en fin, quiero creer que tienes razón. Rechaza la mano que te tiendo suplicante; déjame caer en esas miserias, de las que soy impotente para salir. Adiós. Algún día tal vez pienses en la abnegación y el amor de este corazón que desprecias.

Sarah hablaba con voz desgarradora. Su seno se levantaba con tanta violencia, que Kerjean notaba todos sus estremecimientos. Comprendía el dolor que la torturaba, sacudiéndola como son sacudidas las hojas del álamo por el huracán.

Ella lo había sacrificado todo á esa idea única, y rechazado multitud de adoradores que se agitaban á su alrededor, como los amantes de una obra maestra, disputada con encarnizamiento.

Comprendía que su objeto se alejaba de ella á medida que se acercaba á él, á manera de esas catedrales construídas en una inmensa llanura y que parece que retroceden cuando el viajero fatigado camina á la ciudad que ellas dominan.

El conde, conmovido por aquellas quejas desesperadas, embriagado por los perfumes que se escapaban de entre los pligues del satin y los encajes, que se mezclaban idealizando aquellas formas flexibles y adorables; víctima del vértigo, rodeó á la judía con sus brazos y la atrajo hacia sí:

—Vamos,—dijo—sé razonable. Yo tambien te amo. Eres bella hasta el punto de volverme loco, y lo sería si permaneciese un momento más á tu lado. Tu belleza no es solamente lo que me atrae.

Está realzada por esa divina superioridad de la inteligencia tan rara y tan preciosa. ¡Dichoso el privilegiado que pase su vida al lado tuyo! Las horas tendrán alas y le proporcionarás toda clase de goces, porque parece que el amor se ha posado en tus labios para atraer los besos. Cualquiera que sea la esfera que hayas elegido, brillarás en ella con resplandor sin igual.

Pero existen leyes inflexibles á las cuales tengo que someterme forzosamente. Se libra en mi un combate cuya violencia no puedes ignorar. No es tu indignidad lo que me aleja, porque te juro que soy más indulgente para los estravios de los demás, de esa zociedad de que hablas, más, sin duda de lo que élla lo sería respecto á mí. ¡Habías de ser una duquesa y no aceptaría nada tuyo! El hombre se deshonra recibiendo los beneficios de un ser más débil que él. En cuanto á mi, pre-

feriría mejor labrar la tierra como un negro bajo el latigo de un vigilante; ser soldado sumiso bajo las órdenes de un sargento idiota, y desempeñar las más tristes funciones, ó hacerme saltar la tapa de los sesos, ántes que afrontar la opinión de mis iguales tras una cobardía semejante. ¡Ayer podía desafiar el sentimiento público; despues del escándalo de mi desastre, me veo obligado á obedecerle!

Otro, pensaría de distinta manera tal vez; yo, esclavo de mi honor, ó de una preocupación, si tu quieres, inflexible, no me apartaré ni un punto de ella, aunque mi corazón se desgarre mortalmente á la idea de lo que pierdo.

Tenía á Sarah estrechamente abrazada.

Un sudor frio inundaba las sienes de la judía.

Desprendióse de sus brazos y replegose sobre si misma como una leona herida.

—Entonces; se trata de un adios eterno—dijo:

El no contestó.

—¡Pues bien, parte!—esclamó furiosa.—¡No somos de la misma sangre! ¡Bien me lo haces oir! Mi ceguedad estúpida terminó. Hubiera debido comprender lo que me esplicas. No lo olvidaré nunca. ¿Donde habia yo adquirido estas ideas de bondad y de grandeza de alma? ¿Por qué me he humillado ante tí? No me doy cuenta de ello.

Y golpeó el suelo con el pié en un acceso de cólera, faltando poco para romper un vaso

de Sevres que fué á arrojar sobre el pavimento.

Detuvose de pronto, contenida por la mirada triste y severa del conde.

—Es un cruel desengaño—repuso ella.

Y mirándose en un espejo inclinado de cuerpo entero, enjugó su rostro lleno de lágrimas.

—¡Esto pasará!—prosiguió.—No es la primera decepción que experimento! A los quince años me acerqué en la calle á unos soldados embriagados, que me contestaron á golpes. ¡Aquella noche mi madre estaba enferma y se moria de hambre! ¡Yo salia del colegio! Pues bien; ya he olvidado esa escena y olvidaré lo demás; me aturdiré con un lujo que he adquirido gracias á la estupidez de muchos; tendré, magníficas galerías de cuadros; carruajes como las duquesas, hoteles y castillos, como cualquiera de esos banqueros ladrones y advenedizos.

Y ahora, vete. No comprometas tu honor permaneciendo aquí más tiempo. Reflexiona y teme de todo lo que es capaz una mujer ofendida. Me has echado en cara con tus preocupaciones de noble la vergüenza de mi pasado: ten cuidado con las espinas de tu presente.

¡Adios!

Eras mi unica pasión, pero soy más fuerte de lo que piensas; la arrancaré de un corazón cerrado desde ahora para todos.

Se detuvo sofocada. Sus labios blanquecinos, su frente hundida por un profundo plie-

gue, sus cejas fruncidas, sus ojos que lanzaban lívidos relámpagos, anunciaban la tempestad que rugía en su alma.

Kerjean se puso los guantes. Inclinóse ante ella silenciosamente, y salió.

—¡Oh!—dijo Sarah cuando la puerta se cerró tras él. Es mi felicidad la que se marcha.

Y ocultando el rostro entre las manos se deshizo en lágrimas.

También él, una vez en su berlina que trotaba hácia la calle de San Guillaume, pensaba:

—Es prodigiosamente bella.—¡Qué sirena!

La había adorado; pero aquella escena había matado su amor.

—¡Prostituir mi nombre por esa mujer!—se decía—¿Por quien me había tomado?

La imágen de su santa madre, la fisonomía serena del marqués de Guersaint, la rubia cabeza de Magdalena, se le aparecieron como otros tantos talismanes destinados á defenderle contra aquella tentación.

A la vuelta de la calle de Clichy notó una sombra que huía disimuladamente deslizándose por la calle que acababa de abandonar.

Era más de media noche.

Raros transeuntes circulaban por las calle. Las luces del skating estaban apagadas.

En aquella sombra el conde creyó reconocer la silueta de Ligneres.

XXXII

En efecto: era el ministro.

Hacía una hora que el desgraciado, más enamorado que nunca de Sarah, sufría todas las torturas de unos celos atroces. La judía, al romper sus relaciones con él, había exasperado su pasión. Volvía dispuesto á todo para conquistarla, cuando á la puerta reconoció la berlina del conde.

Csn la cabeza extraviada, el corazón oprimido, sin cuidarse de su dignidad, erró por la calle de Milán como un alma en pena. Algunas gotas de agua habían caído; refugióse bajo una puerta cochera frente al hotel de Sarah. La habitación de ésta estaba iluminada: las otras ventanas estaban sumidas en la oscuridad.

Largo tiempo permaneció inmóvil, ocultando su rostro, cuando un transeunte trasnochador, ó un guardia municipal, le codeaba en la cabidad donde se había refugiado.

Espiaba la partida del conde: partida que no podía dilatarse, puesto que esperaba el carruaje.

Una imperiosa ansiedad le atormentaba: suplicio más doloroso mil veces que los de la Edad Media. La rueda y la cuña tenían, al menos, la ventaja de matar, mientras que los celos feroces de los enamorados, testigos del triunfo de sus rivales preferidos á ellos, causan solamente terribles angustias, de las cualds no se muere.